

Ciencia, Imágenes y diseño. Consideraciones psicoanalíticas.

Autor

DI. Iván Mauricio Patiño Moscoso, ivanmauricio_pm@hotmail.com
Universidad Nacional de Colombia.

RESUMEN

Se dice que la imagen es más constituyente que constituida, que captura. Que se presenta como *gestalt*, como forma que a su vez es formadora. Que puede ofrecerse al otro, que es compartida y por lo tanto heredada. Con un pensador como Jacques Lacan sabemos que el yo adviene con las imágenes. Que las formas que se presentan en el complejo escópico adquieren consistencia gracias a un “yo”, que, a su vez, puede reafirmarse como conciencia y como lugar en el cual cimentar cualquier sistema de pensamiento o conocimiento. Pero, esta conciencia, de la que surge la ciencia, no está asociada a la dimensión ética y política del diseño. Es, más bien, lo imaginario como dominancia en todas las elaboraciones de carácter científico, en las cuales, sin embargo, reposa un carácter moralizante y de ideal perfectibilidad. La conciencia a la que creemos apelar cuando hablamos del lugar ocupado por el diseño y las relaciones que causa entre semejantes, puede formalizarse al nivel del discurso y el vínculo que surge como lazo social. En el texto, propongo situar dos momentos propios del quehacer del diseño. Primero, su tránsito por la arista imaginaria, en un saber-hacer con la imagen, que condensa, durante el proceso de diseño, un objeto de conocimiento al que se anuda una dimensión identitaria. De allí, un segundo momento, en el que esa imagen, como mensaje articulado en un objeto, permite o no la construcción del lazo social y las implicaciones y efectos derivados.

Palabras Claves: imagen, identidad, discurso científico, lazo social.

DESARROLLO

Tal es el oficio del diseñador; la materialización del objeto, La producción de lo que algunos llamamos artefacto u obra, otros quizás, producto, bien, mercancía, artículo de consumo o cualquier tipo de acaecimiento que denominamos experiencia. Se diseñan experiencias y encontramos en el mercado infinidad de ellas apelando a nuestra sensibilidad, movilizandolas nuestras emociones, desencadenando nuestros afectos, causando nuestros deseos. Se diseñan alimentos y estrategias, protocolos, marcas, logotipos, programas y planes de desarrollo y así es que le suponemos al diseñador un saber asociado al modo en que ha de construirse el mundo; toda suerte de interfaces para interactuar en él. Presumimos en el diseñador cierta especialidad en el manejo de las formas y dominio de las imágenes, determinada experticia con las técnicas y en ese sentido, alguna incidencia al nivel de lo social a través de cada producción compartida y puesta a disposición de un público. Por lo consiguiente, el saber del diseñador es un saber-hacer asociado al objeto, pero sobre todo un saber-hacer con el signo, esto es, la forma de introducirlo; de orientar los sentidos, de moldear los significantes para abrir la etapa de los significados.

Gravita también sobre ese supuesto saber del diseñador, una volumetría asociada a cierto carácter emancipador, libertario —si se quiere— o propuesta de cambio ante las crisis de la época, ante el malestar incesante, prolongado y patente en la degradación social; devastación, hambre, inequidad, muerte y toda clase de ignominias. Lo anterior en alto contraste con el prolijo y contundente trabajo científico que a pesar de sus importantes producciones y logros culturales no logra atenuar el malestar. De esta manera es que el diseño está llamado a tomar consciencia, a ser consciente de los reveses y fracasos de nuestra sociedad, y con su saber, a construir una mejor, una ideal.

Con el objetivo de acercarnos a la dimensión subjetiva implicada en ese proceso de producción del mundo, esto es, la radicalidad de la condición humana y la particularidad de

su deseo, siempre, en relación con el otro a partir de quien se constituye como sujeto; proponemos entonces algunas consideraciones del psicoanálisis —fundamentalmente apoyados en Jacques Lacan y Sigmund Freud— para la lectura de estos postulados, diríamos ideales del diseño, a partir de las elaboraciones en entorno a la imagen y el discurso al que apela la ciencia.

1. Sobre la imagen.

Anudamiento Imaginario, simbólico y real.

La imagen habita al ser humano, más allá del ojo, más allá de la visión. Basta con tomar una siesta para comprobarlo en el sueño; allí residen las imágenes, podríamos decir, que determinan al sujeto, pues son estas las imágenes de la otra escena, la escena llamada por Freud, de lo inconsciente. Y podemos decir que son imágenes determinantes para el sujeto, porque lo que se escenifica en el producto onírico es la dimensión del deseo, el deseo inconsciente —siempre cifrado, encriptado, figurado en la imagen, pero desfigurado en su sentido— que alcanza y domina cualquier forma de pensamiento consciente y determina en su totalidad los vericuetos de la existencia.

Tengamos presente el siguiente sintagma *Lacaniano*: “el lenguaje es la condición del inconsciente”¹, y pensemos ahora que las imágenes del sueño las hemos heredado del otro, es decir, la imagen siempre viene del otro, no habría posibilidad de imágenes sin otro que las otorgue, que las brinde. Que el lenguaje sea la condición del inconsciente quiere decir que el inconsciente está habitado por palabras, por significantes diría Lacan, “el inconsciente está estructurado como un lenguaje, es decir, como sucesión de palabras, una tras otra, cadena de significantes que se deslizan y concatenan a partir de metáforas y metonimias, allí la posibilidad de significación. Pero esas palabras, las que posibilitan la formación de imágenes en el sueño, son dadas por el otro, y es que es, cuando el otro nos entrega sus significantes, que empezamos a hacer parte de la cultura, a ser habitados por el lenguaje. Quiere decir que el ser humano es primordialmente hablado por el otro, mirado por el otro, el otro es la condición del sujeto y cada palabra, proveniente de él, del semejante, se estructurará en el psiquismo de cada sujeto.

Ahora bien, en “El estadio del espejo”² Lacan nos muestra cómo, alrededor los seis a los dieciocho primeros meses de vida, el pequeño, anticipa el dominio de su cuerpo, gracias a la imagen que recibe del semejante y en la que se reconoce a sí mismo. El *infans* empieza su recorrido por el mundo, gracias a que es, desde su alumbramiento capturado por la imagen que el otro le ofrece, alienado en ella, constituido en ese complejo virtual que se le presenta como realidad y que le otorga en una imagen, unidad a su cuerpo; la imagen es ante todo completitud.

Decimos que en este proceso el ser humano entra en la cultura, porque a través de las imágenes, el lenguaje lo captura. Por vía de lo imaginario el hombrecito en estado de *infans* hace su ingreso en la estructura —preexistente— del lenguaje, aquella que a su vez le permitirá toda oportunidad de significación, todo deslizamiento metafórico y metonímico que del mismo modo permite las articulaciones simbólicas de cualquier sistema cultural. Dos instancias, vemos así, anudarse en este proceso, dos registros. Uno simbólico, lugar del lenguaje, receptáculo de todos los significantes; y otro, imaginario, lugar de la imagen, lugar del reconocimiento propio que, por vía del lenguaje, instaura la afirmación del yo. Situación paradójica, pues en ese sentido el yo sería algo a construir, algo a edificar a partir de esa

¹ Jacques Lacan. *El Seminario*. Libro 17. El reverso del Psicoanálisis. (1969-1970) (Buenos Aires: Paidós, 2015), p. 43

² Jacques Lacan, *Escritos 1*. (México, Siglo XXI, 2009)

relación con el otro, con su imagen. Yo es otro —anticipó Rimbaud—, allí una relación de confusión entre el yo y el otro.

Hay una discordancia, sin embargo, entre la imagen asumida por medio de una identificación con el otro; y lo que sucede al nivel del cuerpo. Pues mientras el pequeño recibe una imagen que le indica que él mismo está completo, lo real es que en su cuerpo experimenta una sensación de fragmentación. La imagen de totalidad no corresponde con la conmoción del cuerpo fragmentado, cuerpo prematuro, insuficiente, puro dinamismo libidinal que se presenta como problemático y angustiante. Vemos aparecer un tercer registro que se anuda al simbólico y al imaginario; el registro de lo real que completa el trípode sobre el que se sostiene la experiencia humana. El registro de lo real, que no debe confundirse con la realidad, es justamente la dimensión que no alcanza a ser simbolizada en la palabra, ni imaginizada en la imagen, permanece vedada y sin embargo insistente.

Es esa la situación en la que se ve el cachorro humano frente a la imagen. Una parte de su cuerpo permanece incierta, imposible de asir, de esa manera podemos decir que el sujeto solo tiene acceso a su cuerpo por medio de la imagen, una parte escapará siempre de la simbolización y es por eso que el yo y su afirmación en el pensamiento consciente, no es más que una instancia de desconocimiento, línea de ficción; la imagen, confusión con el otro, introduce completitud, pero lo hace a manera de falso dominio, de alienación radical.³

No obstante, es a través de la imagen que podemos situar los ideales en la medida en que ellos implican una delimitación operada por la cultura, una normalización cultural. El yo quiere alcanzar el ideal propuesto por el entramado cultural de la época, escenificado a su vez, en todas las imágenes ofrecidas por el otro. Quiere decir esto que el yo ideal —el ideal que cada uno tiene de sí mismo— no es más que el reflejo recibido de un ideal que la cultura tiene de cada uno de nosotros, esto es, el ideal del yo, asociado a la norma y las reglamentaciones de orden social. Es este ideal del yo es la matriz en la que validamos y edificamos nuestro yo ideal.

Es este, a grosso modo, el estatuto de la imagen en psicoanálisis, y quizá podamos decir, que es esa arista imaginaria sobre la que principalmente incide el saber del diseñador. La imagen espectacularizada, exacerbada, que moviliza el deseo de los sujetos es moneda corriente en la contemporaneidad. Cada artefacto, cada obra, cada mercancía, no sobreviviría si no fuese por la completitud y la reiteración constante de la misma, y es que cada objeto de diseño vendría a intentar suturar una fractura, esto es, el malestar y la angustia que trae consigo la fragmentación, la ruptura, Freud dirá, la castración⁴ y, Lacan, aseverará que los objetos de la industria son aquellos que invitan al sujeto a no querer saber nada de la castración. Un objeto vendría a ofrecerse en lo imaginario para —valga el término— taponar esa dimensión de lo real que incomoda y que pese a todos los intentos nunca podrá pasar por la imagen ni por la palabra; allí el motor del diseño, una imposibilidad, el puro ofrecimiento de una ilusión de completitud, el espejismo en la perfecta marca de tal o cual whisky, el cuerpo ideal ofrecido después consumir o suprimir determinado alimento, la siempre estable conexión a tal red de internet o las magníficas prestaciones de determinada aplicación móvil; ya Freud en la primera mitad del siglo pasado, nos persuadía: “el hombre se ha convertido en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos

³ *Ibíd.*, p 643

⁴ Pero para elucidar el concepto de castración, habría que hacer una elaboración extensa. Podemos convenir en que la castración implica también una fragmentación, una ruptura que resulta dolorosa, pero esta vez no solo al nivel del cuerpo en oposición a su imagen de completitud, sino a nivel de lo simbólico, es decir, el conjunto de consecuencias subjetivas determinadas por la sumisión del sujeto al lenguaje.

auxiliares; pero estos no se han integrado con él, y en ocasiones le dan todavía mucho trabajo”⁵

2.Ciencia

Lugares y términos del discurso.

Vayamos ahora al plano de la ciencia, hay un discurso sosteniendo el decir de la ciencia. Entendamos el discurso como la manera en que se hace lazo social, el dispositivo — podríamos decir— dentro del cual se vinculan ciertos elementos desde distintos lugares de una estructura. Esa organización de términos y de lugares articula un decir, una forma de organizar a los sujetos alrededor de determinadas significaciones y de la producción, por medio de diversos saberes, de determinados objetos. Las elaboraciones de Jacques Lacan sobre los discursos fueron hechas principalmente en su seminario 17, “El reverso del psicoanálisis”⁶, en donde plantea cuatro discursos o formas de vínculo social, más un quinto discurso que sin embargo no haría lazo social, o más bien, desharía los vínculos sociales y se trata del discurso Capitalista. Pues bien, esos cuatro discursos son el Discurso del Amo, el Discurso de la Histeria, el Discurso del Psicoanálisis y el Discurso Universitario. A la ciencia le interesa particularmente este último.

En el Discurso Universitario tenemos al saber —primer término, primer elemento—, comandando el discurso, esto es, el saber en el lugar de agente, —primer lugar de la estructura—. Allí ese saber se presenta como absoluto, como pretensión de todo-Saber, de totalidad que resulta legitimadora de determinado orden social. Pero la potencia de ese saber cómo agente del discurso no radica propiamente en él, sino que su sustento es una dimensión de poder —o de amo, como lo llamaría Lacan—. Podríamos decir que la verdad del discurso es una verdad ocupada por una dimensión de poder. El segundo lugar de la estructura es justamente el lugar de la verdad y en el discurso Universitario este lugar está ocupado por un amo. De esta manera es que en el discurso Universitario saber y poder convergen muy convenientemente. Podemos ver claramente el andamiaje burocrático y las instancias movilizadas por grandes instituciones; protocolos, filtros, registros, sistematización impoluta, y cuyo apareamiento vincula las instancias de poder, con el saber producido al interior de dichas instancias, ello a su vez vendría a otorgar cierto carácter de prestigio u objetividad. El saber es absoluto porque, gracias a sus protocolos todo podría ser susceptible de medición y de cálculo y en ese sentido el saber se instala como conocimiento verificable, que logra sustentar y prescribir lo que le corresponde a cada quien, y cualquier intento por cuestionar ese proceder, cualquier intento de develamiento de la verdad, será aplastado, excluido, pues en ese lugar se encuentra un amo como sustento del agente del discurso. Entonces quedan excluidos aquellos saberes que no cumplen el canon protocolario de registro y medición de la ciencia, no serían válidos puesto que no habría forma de verificación y su legitimidad quedaría excluida del statu-quo de poder.

Así es que la ciencia nos impide el acceso a la verdad, entregándonos solo su imperativo; “Es imposible dejar de obedecer esa orden que está ahí, en el lugar que constituye la verdad de la ciencia —Sigue. Adelante. Sigue sabiendo cada vez más”⁷, pero no cuestionamos el saber que te es entregado. La pretensión de objetividad es la forma en que la ciencia nos hace renunciar a la verdad, a ella solo tiene acceso la instancia de poder que sustenta el saber y en su interés por garantizar que sus productos, sus objetos de conocimiento se depuren de cualquier subjetividad que pueda invalidarlos, es llevada a poner a la mayor distancia posible al hombre mismo, con lo que ineludiblemente la verdad que sostiene todo el discurso queda velada,

⁵ Sigmund Freud. “El Malestar en la Cultura” (1930 [1929]) en *Obras completas*, vol. XXI, (Buenos Aires: Amorrortu 1992), p. 90

⁶ Jacques Lacan. *El Seminario*. Libro 17, Óp. Cit.,

⁷ *Ibid.*, p. 110.

resulta excluida. Es así que podríamos afirmar que en el discurso científico el hombre queda excluido o reducido a una pura operación de cálculo, evaluación calificación cuantificación; en nombre de la ciencia es que el ser humano ha quedado reducido a una cifra, una etiqueta y si es el caso a una dimensión puramente biologista. Entonces, por ejemplo, el amor queda reducido a la secreción de dopamina, serotonina etc., y para los conflictos simbólicos tenemos *Prozac* o cualquier otro antidepresivo; nuestras emociones son causadas por un complejo de realidades virtuales o de realidades aumentadas; y en una aplicación móvil encontramos todo tipo de paliativos y ocasiones de sosiego ante el malestar incesante. Los ejemplos son infinitos.

En este discurso hay un término que trabaja para producir algo, un producto, en efecto. Allí los otros dos lugares de la estructura discursiva: el lugar del trabajo y el lugar del producto. En el lugar del trabajo ubicamos al individuo —tercer término del discurso que, podríamos decir está— sometido a ese saber, en una posición de objeto susceptible de ser evaluado, cualificado, sistematizado, es decir, un estudiante en posición de objeto, tabula rasa sobre la cual inscribir el imperativo del “sigue sabiendo más”. En ese sentido es que lo producido —el cuarto término del discurso, en el lugar del producto a su vez, cuarto lugar de la estructura discursiva— por el discurso universitario es un sujeto alienado en el saber, capturado por el imperativo del conocimiento diáfano, total, verificable, en una posición de exclusión frente a la verdad que es cooptada por una dimensión de poder.

Tenemos entonces los cuatro lugares de la estructura discursiva: lugar del agente, lugar de la verdad⁸, lugar del trabajo —o de la producción— y lugar del producto. A su vez cada uno de esos lugares ocupados por cuatro términos respectivamente: Saber, amo, objeto y sujeto.

Como discurso científico operando bajo la modalidad del discurso universitario nos captura a todos, y todos ocupamos una posición paradigmática de estudiante (aunque no lo seamos formalmente o estemos adscritos a una institución —y léase allí el apareamiento de esa dimensión de poder—), como estudiantes vendríamos a ocupar una posición tanto de objeto en tanto que el estudiante permanece inmerso en la lógica de la calificación como puro objeto contable, susceptible de estadística o dato porcentual; como de sujeto, producido alienado en ese saber que comanda el discurso. Esa alienación responde, como hemos tratado de elucidarlo, a una instancia de poder que gobierna las lógicas y dinámicas del orden social, las formas en que se vinculan los sujetos al interior de la sociedad y las distintas elaboraciones simbólicas que los representan como cultura.

3.Coda

¿No es acaso el objeto que el diseñador produce, la imagen que elabora con todo el repertorio de técnicas y saberes una forma de capturar al sujeto? ¿Sabe acaso el diseñador que su oficio es un oficio imposible, pues ningún diseño podrá jamás suturar la falla inherente a todo ser humano? ¿Sería esa la verdad a develar en el diseño, su misma imposibilidad que sin embargo lo sostiene en ejercicio? Hay una extraña cópula entre discurso científico y discurso capitalista; en ambos brilla el objeto, el producto, el objeto de conocimiento, y toda la tecnología implícita en su producción, acto de razonamiento como pensamiento consciente que, sin embargo —tratamos de mostrarlo—, resulta engañoso, ficcional y de falso dominio.

⁸ El concepto de “verdad” en psicoanálisis es un concepto que demandaría un despliegue más amplio, sin embargo convengamos en decir que el lugar de la verdad es el punto de partida de cada discurso, no la dominancia, quien es el agente del discurso, sino el sustento mismo del agente del discurso: no la cara patente sino la dimensión donde se necesita de ella como de algo escondido, pues el carácter del discurso siempre es parcial, nunca será posible la totalidad en el decir, algo permanecerá velado, ambiguo y sin embargo fundamental e inherente al individuo. De manera tal que la verdad que le interesa al psicoanálisis es la verdad particular de cada sujeto, y aunque adquiere distintos matices y significaciones, podríamos decir que una dimensión de verdad fundamental en el ser humano es la dimensión del inconsciente; el inconsciente es la verdad del sujeto.

Y es que tanto en el discurso científico como en el del capitalismo, el sujeto está subordinado a su objeto, objeto de conocimiento, objeto perfecto de la ciencia u objeto magnífico de consumo ambos producidos por el saber y agreguemos por el saber que le suponemos al diseñador.

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, Jacques. El Seminario. Libro 17. "El reverso del Psicoanálisis". (1969-1970) Buenos Aires: Paidós, 2015

Lacan, Jacques, Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005

Freud, Sigmund. "El malestar en la Cultura" (1930 [1929]), en Obras completas vol XXI, Buenos Aires: Amorrortu, 1992